

ANTIGUO Y MODERNO

LA "IFIGENIA", DE REYES

Reproducir, volver a crear las obras maestras, es una gran tentación para el artista. Parece que ante las más nobles y puras formas del arte el creador moderno, padre de criaturas frágiles e imperfectas, siente la ambición de aquella gloriosa prole, y que, contemplándolas, recibe de ellas una emanación del divino templo de la inspiración de donde nacieron.

En la Literatura y en las Bellas Artes se reproducen los temas y las formas, en ciclos y teorías o en ensayos sueltos, ya por virtud de las leyes de la imitación, ya por esa ambición artística de *recrear* las grandes obras, ya también por motivos de utilidad, pues Mercurio no está ausente del mundo de las Musas. Medioevalistas y homerizantes han emitido la hipótesis de que las variantes innecesarias y numerosas de las canciones de gesta y de las ediciones del *epos* homérico, aumentadas con nuevos versos bastardos o superfluos, se debieron a una concurrencia industrial, dada la demanda de estos poemas y el interés que despertaba tener una edición más completa que las otras, aumentada con nuevos adornos.

La tentación de *re-crear* la tragedia antigua con sus mismos asuntos y figuras es frecuente en los poetas modernos, se entiende en los poetas de elevada aspiración que no se contentan con los *juegos* de la poesía y acometen las *empresas*. Juegos y empresas nombran dos linajes de obras del ingenio: la fugaz y la que aspira a perennidad.

Este retoñar de la tragedia es una victoria del clasicismo. El mundo antiguo está volviendo con sus figuras de belleza y también con algunas de sus limitaciones y sus durezas, como la exageración del culto a la ciudad. Las épocas románticas se nos van apareciendo como crisis, como períodos de ardiente sequía, después de las cuales

llena otra vez el cauce el claro río de razón y belleza que viene de Grecia. Hasta el viejo árbol de la tragedia, que parecía seco y exhausto, echa nuevas hojas, unas veces inspiradas, otras, eruditas. La alborotada turba romántica que quiso derribar este bello ciprés antiguo y sustituirle por sus nuevos árboles retorcidos, medioevales y modernos, no logró extinguirlo del todo en el huerto del Parnaso, donde ahora se dan cita todas las formas, y donde pasado y futuro se hacen presente.

* * *

Me sugiere esta divagación preliminar la *Ifigenia cruel*, de Alfonso Reyes que es más que un entretenimiento de helenista. Escribir una *Ifigenia*, después de Goethe, y, sobre todo, después de Eurípides, no pertenece a los juegos de la poesía, sino a sus empresas, con todos los riesgos y toda la emoción de la aventura. Alfonso Reyes es uno de los más selectos ingenios que nos ha mandado modernamente Méjico. Poeta, crítico, erudito, más atento a las voces interiores que al pulimento superficial de la palabra, no ha conseguido, a mi ver, dominar las irregularidades de la forma; pero una rica variedad de finos matices hace muy interesantes sus escritos para el goloso de la literatura que busca sabores nuevos y esfuerzos de la expresión. La forma, distante de la bella economía clásica, curiosa de ritmos nuevos, nos parece a veces un poco azteca, aunque para el lector atento, dotada de hallazgos y de pormenores felices.

* * *

Su *Ifigenia cruel* es la *Ifigenia en Tauride*, que atrajo a Goethe y había atraído a Racine, entre cuyas obras se ha impreso el plan del primer acto de una tragedia inspirada en este asunto. La obra de Reyes, publicada con el título de poema dramático en una elegante edición de Calleja, nos pone delante el recuerdo de una de las grandes creaciones de Eurípides, el más filósofo y el más humano de los trágicos.

En esta obra genial de la edad madura de un gran poeta se ma-

nifiesta el espíritu racionalista de la Grecia. El trágico clava su mirada crítica en los dioses. Por boca de Orestes, eleva la voz de la razón frente a los oráculos y a los adivinos. Eurípides respondía al sentimiento público. Atenas, desengañada por los desastres de la guerra de Sicilia, se hallaba en un momento de escepticismo. Los hechos habían refutado las supersticiones. La fuerza moral del Olimpo y del sacerdocio estaba en quiebra.

Los atenienses debieron de oír con placer a Orestes cuando censura las tradiciones mitológicas y las creencias admitidas. "Tengo razón para quejarme—dice—de las leyes impuestas por la diosa. Aparta de sus altares, como a impuros, a los mortales contaminados por un homicidio, por un parto reciente, o por el contacto con un cadáver, y se complace en hacer sacrificar víctimas humanas. No; es imposible que la esposa de Júpiter, Latona, haya parido una divinidad tan cruelmente estúpida. El festín servido por Tántalo a los dioses me parece increíble; no es posible que se saciaran con el cuerpo de un niño. Los habitantes de este país, acostumbrados a derramar sangre humana, han achacado a los dioses sus costumbres bárbaras, pues no puedo creer que una divinidad sea capaz de hacer maldades." "Estas divinidades que llamamos sabias—dice en otro pasaje—no son menos embusteras que los Sueños alados. Una gran confusión reina en las cosas divinas y en las cosas humanas. Lo que me aflige es que, sin ser insensato, haya venido a perecer por haber obedecido a los oráculos de los adivinos".

Esta actitud de poeta librepensador no era nueva en Eurípides. "La raza de los adivinos es ambiciosa y malvada; es inútil, y su presencia no sirve para nada bueno", había dicho en *Ifigenia en Aulide*. En otras tragedias hay reflexiones semejantes. "Veo cuán ineptas y llenas de mentiras son las predicciones de los adivinos." (*Helena*). "Los oráculos de Apolo son inmutables, mas desprecio la adivinación de los mortales." (*Electra*).

* * *

En Aulide, Ifigenia va a ser sacrificada para apaciguar a los

dioses que no otorgan vientos propicios a las naves de los aqueos. Aquella Grecia homérica conserva todavía los sacrificios humanos. Agamenón, el padre de Ifigenia, otorga el sacrificio de la doncella. Mas, a semejanza de la escena bíblica de Abraham, Artemisa arrebató la víctima y la transporta a Tauride para que sea su sacerdotisa. El cuchillo de Calcas hiere a una cierva, puesta por la diosa en lugar de la doncella.

En la tierra de los Tauros, la sacerdotisa griega preside los sacrificios humanos de los extranjeros que arriban a aquella costa inhospitalaria. Llega Orestes, el hermano de Ifigenia, con su fiel Pilades. Orestes ha dado muerte a su madre Clitemnestra, para vengar al padre, Agamenón, asesinado por la adúltera de acuerdo con su amante Egisto. Las Furias persiguen al parricida. El Oráculo de Apolo le prescribe para su purificación o expiación robar la estatua de Artemisa, adorada en Tauride, y trasladarla a Atenas. Cuando Orestes y Pilades son conducidos al templo para ser sacrificados a la diosa, los dos hermanos acaban por reconocerse. Esta *anagnórisis*, o reconocimiento, tan celebrado por Aristóteles, inspira algunos de los más bellos diálogos de la tragedia griega. Protegidos por Minerva, los hermanos huyen, llevándose la estatua de Artemisa.

* * *

Reyes, en su refundición, ha introducido variaciones considerables en el argumento. Son la parte de la inspiración del refundidor, novedades afortunadas que dan fisonomía propia a esta nueva Ifigenia. Lo principal es que Ifigenia ha olvidado su pasado. Es como si hubiera nacido adulta ante los pies de piedra de Artemisa. Más allá no hay nada: sombra, negrura. La infancia en Micenas, la tragedia de Aulide, se han borrado. Esto añade a las escenas del reconocimiento un elemento poético y psicológico: el despertar de la memoria que va provocando Orestes.

Otra novedad es que Ifigenia no parta de Tauride con Orestes. La expiación o penitencia, algo pueril, del rapto de la estatua, es

reemplazada por el sacrificio incruento de Ifigenia que se queda en aquella tierra bárbara para que en ella acabe el maleficio de su raza.

No; no volverá a la Micenas de oro, para casarse con algún príncipe aqueo, como pretende Orestes. ¿Para qué?

¿Para que siga hirviendo en mis entrañas
la culpa de Micenas, y mi leche
críe dragones y amamante incestos
.....
..... para que conciba
nuevos horrores mi carne enemiga?

como dice la heroína de Reyes.

Otra variante consiste en que Ifigenia sea la sacrificadora de las víctimas humanas, en vez de limitarse a derramar el agua lustral sobre sus cabezas, como en el poeta antiguo. Esta alteración del rito ha sido introducida por el autor moderno para aumentar el dramatismo de su Ifigenia, concebida como una Amazona feroz de Artemisa, criatura misteriosa en quien luchan dos naturalezas: la de la sacrificadora sanguinaria, herencia de los Atridas, y la de la mujer que siente a veces una dulce nostalgia del hogar y de las dichas domésticas.

No es que Reyes haya mejorado a Eurípides. Un tal elogio sería ridículo. Mas el refundidor moderno de estas grandes obras clásicas tiene que suplir con nuevos recursos la parte marchita, puramente arqueológica, de aquellas creaciones. El terror de los Antiguos Misterios, las Erinias, las luchas de los dioses, el Hado inflexible, son para nosotros adornos o curiosidades de museo; son como las mascarillas y las láminas de oro que decoran los cadáveres del panteón de Micenas.

La forma verbal y la forma métrica tiene gran importancia en una obra de esta clase, que no puede conmover ni apenas interesar sin presentarse con una noble vestidura. Está escrita la *Ifigenia*, de Reyes, en variedad, y podría decirse en anarquía, de versos, sacrificando con buena elección la melodía y compás de los metros usuales a la justa expresión de las imágenes. Con el verso libre, instrumento di-

fícil para la armonía, al que están poco acostumbrados los oídos castellanos, pero el más propio para poemas que son reflejo de lo antiguo y piden una precisión estatuaría, se mezclan las rimas. Brotan de repente asonantes y consonantes; hay hasta un soneto. El lector habituado a la música acompañada y fácil de la métrica tradicional hallará, acaso, crespos y ásperos estos versos, que no tienen el más lejano parentesco con los de Grilo. Una lectura atenta e inteligente saboreará bellezas de expresión, tropos de gran estilo, un como espíritu escultórico de la poesía, que recuerda, con menos don de musicalidad, al Marquina de *Vendimión*, y algo a Leconte de Lisle. Reyes puede jactarse de haber hecho poesía griega en castellano. En su *Ifigenia* hay trozos magníficos, como el grito de Orestes contestando a la sacerdotisa:—*Raza vencida de la tierra*—, y la Teogonía de la escena o cuadro quinto. Este poema dramático me parece la más acabada de las producciones del literato mejicano, obra en que el poeta y el humanista se dan la mano.

E. GOMEZ DE BAQUERO

EL SOL, Madrid, 4 de febrero de 1926.

LAS PIPAS DE ALFONSO REYES

Autour de son cou s'enroulait le terrible mouchoir qu'on agite en se disant adieu pour toujours. (Stéphane Mallarmé.-*Divagations*).

¿Por qué diablos el hermetismo melancólico de esta frase del maestro oscuro se para en los ángulos de mi espíritu? Ahora solamente quiero decir, obedeciendo a una voluntad invernal y friolenta, la sensación metafísica de aquellas manías que constituyen el humorismo de los hombres complicados por la vida y por los libros. Figuraos al triste y empobrecido Mallarmé — ¡oh sombra de Herodiada sobre el filo del cristal de mi ventana!— descubriendo *sa fidèle amie*, la pipa grave y desteñida de sus noches pitagóricas de Londres, en la claridad de una clara ciudad del Mediodía de Francia, junto a su gata de raza, que tenía la nariz rosa y femenina. Va a desdoblarse, por la gracia de una pena helada, el calor del fauno, enredado en el humo de un tabaco que ignoraron los andróginos de Atenas.

Le poète impuissant que maudit son génie . . .

Nada más; y el tiempo, saliendo de la madera de la pipa, improvisa la oscuridad de aquellos versos que —¡oh tú, Polifemo de Córdoba!— ocultaste en los senos de tu Galatea gongorina. Viaje a bordo de una pestaña olvidada, en el reguero de unas lágrimas crepusculares.

. . . Steamer, balancant ta mature,
Leve l'ancre pour une exotique nature!

Pero Alfonso Reyes, que ha descubierto la Musa de los menores detalles, olvidó el secreto lírico del pudor y entonces inició a sus amigos de París, de México, de Madrid, en los caprichos de "su dulce amiga", de su pipa dulce —aquella que a mí más me gusta. Tiene una alianza de oro, ignoro por qué secretos amores, hoy privilegiados en manos de este discípulo de Gracián. Su forma, un hongo irregu-

lar que se humedece de azul, lanzando sus lágrimas hacia las alas del sombrero. ¿Si os dijera que esta pipa dulce es como el paisaje de una cara inquieta? Un paisaje que humea, como las arrugas de un ojo natural. Una pipa inteligente, un ombligo que ata el mundo y el espíritu, y los somete a una lógica desintegrada y embutida en las proporciones humanas de la razón. Está al atisbo de la vida, al borde de la boca, de ese orificio ontológico que los hombres se han empeñado en desterrar de todos los tratados de filosofía. ¡Ah!, la teoría del conocimiento —Berkeley el idealista, soy náufrago de tus galeras— debería guardarse en el estuche de las palabras, para que se deglutiera bajo el peso de unos dientes fuertes, de una saliva ácida y espesa, de una sequedad interior. Esta pipa, esta amiga nuestra, endiablada y silenciosa, tiene pierna fina, lustrosa, flaca de caricias y de ardores: la barra del volatinero, en la que se cuelgan los postulados de la paradoja y las sonrisas impersonales de la erudición. Es una "viciosa de primores", porque su maestro es un "vicioso de conceptos". Con su pata corta y lisa, desnuda de todo remilgo cristiano, remueve las melancolías y los recuerdos de la carne y del alma. La médula geológica del paisaje, calcinado por los malos tiempos en que el pan fue duro y escaso, y las ideas abundantes y ociosas . . .

¡Qué ideologías patéticas en torno al sentimiento cinéreo que vaga junto a las manías bibliográficas, a la palabra que nunca viene, a la lágrima que avejenta el ojo! ¡Qué consuelo hay en el silencio metafísico de la tarde, en el momento en que la locura de la luz se enciende en la brasa rebelde de un tabaco perfumado de desierto, con algo del tufo clásico del sobaco de la Esfinge! . . . Alfonso Reyes, este hombre en quien todo título de seriedad deja un frío desaliento con el mundo, encuentra en la médula tibia de su pipa el principio epicúreo del escepticismo para gobernar su corazón gongorista, pasional y deleitante como las florecillas de "los cigarrales de Toledo" . . . Habría toda una historia que hacer sobre el sentimiento trágico y alegre de las pipas en el espíritu de ciertos hombres: pero habría sobre todo importancia en hacer una acotación al margen de

las categorías que simplifican los tics artificiales, que son como el puente por donde las inteligencias se acercan a sus dioses, a sus ángeles, a sus demonios, en los momentos de pereza...

¿Recordáis la manera de preparar el café de Honoré de Balzac? Para nosotros, americanos, aquél es un juego ingenuo. Pero todos hemos sufrido la tristeza del rincón de la rue Raynouard, en donde el maestro amortiguaba sus veladas, conversando con sus muñecas de trapo, mientras el mundo se encendía en secreto detrás de sus muecas amargas. El hosco y solitario G. K. Chesterton se aburre de sus ideologías ebrias, de sus combates ortodoxos, en las calles de Londres, llevando sobre su cabeza un sombrero en forma de barco, en actitud que convence tanto como un versículo gastado de la Biblia: el sombrero de Chesterton, de este inglés castizo que se parece a todos los días de la semana, es la premisa de una convicción. Porque cada hombre está pendiente de un detalle: la vida no es sino una síntesis de detalles y de manías, más o menos cultivadas. Suprimid los guantes de lana de Jean Cocteau, y sus versos no tendrán la temperatura lírica, sensible aún al cuero insensible de una salamandra... Hay gentes que dan la sensación de no vivir: un detalle los salva. Gómez de la Serna, el más amable de los juglares literarios, y el más inteligente constructor de absurdos vitales — clavados con las puntas de unos nervios esenciales a las paredes de la linterna de Diógenes —, nos afirma que él sabe a don Ramón del Valle Inclán muerto y vuelto a la vida. “Yo le he visto la cicatriz, cuando me da su perfil, con que se ha secado la juntura de la cabeza al tronco”. ¡Oh sombra de San Dionisio chorreando sangre desde lo profundo de una leyenda sagrada e invulnerable! No... no, buen espíritu de la paradoja: acaso, si conociera al maestro de las *Sonatas*, yo lo sabría de este mundo por el humo de la pipa de kif, saliendo de un agujero abierto en el vacío, allí en donde pudo estar la cabeza...

* * *

He aquí — a través del ventanillo de una casa de París o de la nave de Telémaco — este reguero de pipas. Unas retorcidas y ru-

bias, que cometieron su primer pecado de ardores en los labios de un reo ocioso. Otras elegantes, transparentes, hechas de espuma de mar, evocando las buenas tardes de Viena o los solitarios rebaños de mujeres de Piccadilly Circus. Otras enguantadas en la piel de un cabritillo de Marie Laurencin, envejeciendo con el recuerdo y el sabor de un beso casi hecho polvo. No sé, pero en el fondo de una gaveta — marcando la punta acerada de mi indiscreción — he pensado en el Eclesiastés: si hubiera fumado pipa, su amargura de gran señor hubiera sido más dulce y menos humana... Hay que acabar con lo humano, construir un paraíso en donde lo humano ocupe el mismo lugar que ocupa Dios en nuestras filosofías. Pero no tengo derecho de violar los secretos de un amigo, ni de comprender las intenciones ocultas en sus paradojas, en sus costumbres, en sus ideologías, en sus preferencias... Y sin embargo, os aseguro que mi amor y mi devoción por Oscar Wilde me vino desde una tarde en que leí en un Liceo — no sé por qué coincidencias criminales con sir Thomas Griffiths Wainwright — el tratado sobre los venenos que aparece en *Intenciones*. Es un verdadero tratado de discreción cuyas consecuencias van a ser más tarde la burla más cruel que espíritu alguno haya hecho al destino: pensad en el crimen de Lord Arthur Savile. ¿Qué deciros, por lo demás, en medio de esta estancia empañada de humo? He aquí que mis lentes a grandes aros de carey, mis lentes refractarios a todo sistema ocular y a toda seriedad filosófica, vuelan por los aires. Con un pudor cósmico las pipas se han escondido entre las páginas de unos libros viejos como vírgenes envueltas en sábanas frías...

—... No, somos del harem de nuestro amo y sólo nos dejamos amar de él al filo de las medias noches, cuando todavía vibra en la seda de su smoking el ruido del jazz-band y en el triángulo de sus bigotes se aspira el perfume de alguna infidelidad. ¿Para qué otro amor? Preferimos restregarnos contra el lomo de un solo labio, fielmente, eternamente; tenemos la fidelidad de las ideas y el secreto capricho de nuestras caricias egoístas. ¡Ah! nubes de nuestro humo envolviendo la calentura de sus pasiones en las noches en que el cansancio es casi íntimo y verdadero. No, partid por el hueco de

ese vidrio roto, por la chimenea, no importa por donde, u ocultaos en el agua podrida de algún florero, allí en donde su cólera no os alcance.

No... no... no... las pipas se han escondido en el fondo de gavetas infinitas, escondidas ellas mismas en la reflexión eterna de dos espejos, uno frente al otro. Encendí un cigarrillo, recogí mis lentes sobre el calofrío de un lomo de zebra, aderecé mi corbata violeta, y me lancé por el hueco de una ventana rota al paisaje nocturno de París...

* * *

Hay tardes que se derriten sobre los techos de las ciudades como la panza verde de una rana; hay soles amarillos que ocultan su clorosis detrás de un lente gris; hay noches caprichosas que lloran su cloroformo romántico en una plata gastada... Tal los secretos que aprendimos en el silencio de las páginas de *El Plano Oblicuo*, cuando nuestra pereza aguzó el espíritu de una confesión. ¿Llorar? La pasión es idéntica en todos los planos, como en las visiones del cine en que los sueños desprenden a los cuerpos de la realidad y los elevan sobre paisajes transparentes. Pero — prendido del humo de un cigarrillo en el borde del bulevar—, sigo ascendiendo en el plano oblicuo, y en un *looping the loop* me siento extendido sobre la cinta elástica que sostiene el cielo de todas las teologías. Una sensación de "montaña rusa", alocada y fuerte, vuelca mi vida, y entonces me agarro al mundo por medio de la columna de humo del cigarrillo, en una ridícula función interjectiva... Dios, el nudo de mi corbata, la cabeza de una mujer, la punta de una brújula, la mueca de un poema dadaísta son realidades vistas al revés, en una inversión de imágenes que no se corrigen sino bajo la influencia de una sal de plata. La pipa de Mallarmé, tallada en el hueso del fauno invertido, lanza un aroma luminoso; a lo lejos, en medio de una Place de la Concorde hecha de papel y herrumbrada como barrilla de corsé, el acordeón de Pierre Mac Orlan hace vacilar las estrellas de un cielo decadente... ¡Música necesaria en el pentagrama de nuestra tris-

teza! Sobre el ambiente calcinado, envuelto en la cabellera de un andrógino calvinista, Paul Poirret arruina sus barbas en los pedazos de un incendio de seda, que se enrosca en su cuello para ironizar el frío...

Sombras del plano, obligación de volar sobre los cielos y de robarle a un ángel inválido la pluma de una ala. Convertir la pupila del Conde de Lautréamont en una brasa tibia a la luz del reloj de Mark Twain. A través de mi ojo ciego —que arde como una llamada del *Nocturno* de d'Anunzio—, siento el calor de la pipa de mi amigo, de aquella pipa dulce y diminuta, adornada con un aro de oro. Sigo en mi terraza, como en el vértigo de una montaña rusa, en silencio, inmóvil.

—Aquí, aquí, mi querido Alfonso Reyes: ponga su silla sobre el hueco de mi copa llena de vacío...

—Las estrellas al mercurio del anuncio eléctrico de en frente — es su respuesta comprimida — nos prometen un viaje a Túnez por un precio casi ridículo...

Desciendo de mis visiones entre una lágrima y una carcajada. Alfonso Reyes — detrás de quien marcha un duende rojo — me señala el camino. Su pipa enciende el bolsillo de su saco, mientras el reloj de una esquina marca las 25 de la noche...

París, Invierno 1925.

León PACHECO.

VALORACIONES, La Plata,

marzo de 1926. Págs. 228-233.